

Luis Goytisolo

**Investigaciones y conjeturas
de Claudio Mendoza**

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

TRES HALLAZGOS	9
EL ENCUENTRO MARX-LENIN	29
DIARIO DE UN <i>GENTLEMAN</i>	41
JOYCE AL FIN SUPERADO	59
ACOTACIONES	75
UN JEHOVÁ DEL SIGLO XX	113

TRES HALLAZGOS

Cuando el profesor Rico Manrique me propuso escribir un ensayo sobre los tres textos de Luis Goytisolo recogidos en la presente obra, a punto estuve de decirle sin más que no. Pero algo, un reclamo entonces para mí todavía impreciso, me impulsaba en sentido contrario, así que le dije que me lo pensaría. En definitiva, se trataba de explicarme a mí mismo las razones de una respuesta eventualmente afirmativa, y eso, pese a ser hombre analítico por naturaleza, me tomó mis buenas horas de reflexión. ¿Por qué yo, un investigador especializado en religiones del mundo romano, había de escribir un ensayo sobre los tres textos —textos, sí; qué otro nombre podría darles— que aquí se ofrecen al lector? Hay una respuesta casi obvia: por mi buen conocimiento, no ya de la obra del autor, de la totalidad de su obra, sino del autor en persona, extremos ambos que el profesor Rico Manrique conocía y que sin duda le decidieron a proponerme lo del ensayo. Pero era detrás de estos datos —mi conocimiento de la obra y mi peculiar relación con el autor, al que a partir de ahora llamaré G— donde se escondía la verdadera causa de mi aceptación. Pues si unos textos como

los aquí recogidos, tan próximos a nosotros en el tiempo y en el espacio, han dado pie a un cúmulo tal de cábalas y confusiones, ¿qué no ha de suceder y sucede con textos escritos hace dieciocho o veinte siglos? ¿Qué más quisiera yo que haber tenido la oportunidad de conocer a san Agustín o al autor de uno cualquiera de tantos manuscritos que frecuentemente, con excesiva ligereza son tenidos por apócrifos? Esa era la oportunidad — el reto, el juego, si se quiere— que el profesor Rico Manrique me estaba ofreciendo y que yo, en mi condición de lector privilegiado, no podía sino terminar aceptando.

He mencionado ya la peculiaridad de mi relación con G y, ante la ausencia de una palabra que exprese mejor la índole de esa relación, voy a explicar en qué consiste esa peculiaridad. De hecho nos conocemos desde la adolescencia, ya que ambos fuimos al mismo colegio, el Lasalle de Barcelona. Solo que yo cursé allí únicamente los dos últimos años del bachillerato, cuando mi padre, que era funcionario público, ganó una plaza vacante en Barcelona. Y, en mi calidad de *nuevo*, no conseguí integrarme en el grupo de G. Yo me sentía atraído por ese grupo debido a su forma de actuar, de hablar, de bromear, un atractivo casi físico porque las cualidades que lo fundamentan se manifiestan en el físico; un fenómeno muy común a esa edad tanto entre los chicos como entre las chicas. En lugar de practicar algún deporte, se pasaban los recreos charlando, intercambiando ironías, comentando libros; recuerdo, concretamente, haber visto circular un ejemplar de la edición de Espasa Calpe del *Santuario* de Faulkner, en excelente traducción de Lino Novás Calvo, una clase de obras de las que, por aquel entonces, yo no tenía ni noticia.

Nuestras vidas volvieron a cruzarse durante el servicio militar, que ambos cumplimos en la milicia universitaria. Perteneíamos a unidades distintas y, en la práctica, no había otro lugar para llegar a verse que la siempre atestada cantina. En una ocasión logré situarme a su lado y le recordé que habíamos sido compañeros de colegio. G hizo como que lo recordaba perfectamente, pero por su expresión adiviné que no me recordaba en absoluto, que lo decía por pura cortesía; yo atribuí el olvido al uniforme que, de acuerdo con el sentido más literal de la palabra, difumina todo rasgo individual, uniformiza. Es curioso que, al igual que en el colegio, donde se las había arreglado para ir aprobando sin problemas, en la milicia alcanzase, también sin problemas, el grado de alférez, mientras que yo no conseguí pasar de sargento, debido tal vez a mi falta de disposición moral y física, muy propia de los hábitos sedentarios de una persona entregada precozmente a la investigación. Pero G parecía haber hecho suyo uno de los principios tácticos fundamentales: ver sin ser visto.

Nuestro siguiente encuentro tuvo lugar con motivo del cóctel que siguió a la concesión del premio Biblioteca Breve a Guillermo Cabrera Infante, dato que me permite fijar exactamente el año: 1964. Para entonces, G tenía ya publicadas un par de novelas, y yo, al tiempo que empezaba a desarrollar mi plan de trabajo sobre las religiones del mundo romano, me ganaba la vida escribiendo artículos para una enciclopedia. Aproveché el momento en que se apartaba de un pequeño grupo de invitados para abordarle con desenfado, empuñando un frío vaso empañado, y tuvimos un breve cambio de impresiones de carácter general. «Me parece que

no acabas de situarme —le dije finalmente—; soy Claudio Mendoza». «¿Cómo no iba a situarte —contestó riendo—, con ese nombre de dictador guatemalteco?». Yo me eché a reír al comprender que intentaba suplir con una broma el hecho de que efectivamente no me situaba; al menos eso fue lo que me dije a mí mismo de momento. Solo que su risa, su risa más que sus palabras, una risa estentórea y prolongada, mantenida incluso mientras se daba la vuelta hacia otro grupo, no tardó en hacerme salir de mi confusión inicial, lento como soy en mis reacciones ante lo imprevisible, al enfrentarme a la evidencia de que acababa de descubrir una faceta del carácter de G que tenía bien poco de agradable.

Alrededor de año y medio más tarde tuve ocasión de comprobarlo ampliamente, esta vez en Cadaqués, lugar que yo había elegido para pasar mis vacaciones, sin saber, ni que decir tiene, que G también andaba por allí. A veces coincidíamos en la playa o en la terraza de algún bar, y aunque ni el bañador ni las informales prendas propias del verano facilitan la identificación de una persona a la que se ha conocido en otro lugar, en otras circunstancias y con otra indumentaria, era evidente que G no me recordaba o fingía no recordarme en absoluto. Aunque yo salía poco de casa, entregado como estaba a mis investigaciones —por eso precisamente había elegido Cadaqués, para aislarme— era casi inevitable que cada vez que optaba por salir a tomar el aire terminara por toparme con G, ya que *él sí salía*. Hoy día parece muy arraigada la creencia de que G es un ser tímido, de carácter introvertido. Pues bien: yo propongo que se pregunte al respecto a quienes le conocieron por aquel entonces y que opinen sinceramente acerca de si esa imagen

responde a la realidad o, por el contrario, a una imagen promovida por el propio G, a la imagen que, por las razones que sean, a G le interesa ofrecer de su persona. ¿Tímido un hombre cuya extroversión y exuberancia vital rayaban en el exhibicionismo? Baste citar, a modo de ejemplo, la fiesta que Salvador Dalí celebró en su casa de Port-Lligat, y G —G, no Dalí— convirtió en un verdadero *happening* cuando, tras cruzar unos golpes con un tal capitán Moore, terminaron rodando por un corredor, estrechamente enzarzados en mutuo estrangulamiento, hasta que algunos de los allí presentes logramos separarlos. Con todo, un buen trozo de la americana del capitán Moore quedó en manos de G, que se dedicó a repartir a diestro y siniestro hilachas de aquel tejido listado blanco y negro proclamando que se trataba de un modelo Dior. Finalmente, un grupo de amigos —entre los que recuerdo al bailarín Antonio Gades y al arquitecto Ricardo Bofill— consiguieron lo que parecía imposible esperar de un ser poseído por la exaltación de la violencia más agresiva, y G se avino a salir al jardín, donde, al tiempo que aspiraba la fresca brisa marina, orinó largamente contra el tronco de un plateado olivo, poniendo así término a un comportamiento que, más que impropio —incluso tratándose de un escritor o un artista—, habría que calificar de lamentable en razón de la torpe brutalidad puesta de manifiesto.

A los pocos días abandoné Cadaqués y no volví a tener noticias de G —aparte de los libros que iba publicando y subsiguientes entrevistas, reseñas críticas, etc.— hasta hará unos tres o cuatro años. Un amigo y colega, recién llegado por aquel entonces de Ginebra, me comentó que, hablando

con María Zambrano —de la que mi amigo es un entusiasta discípulo— del primer tomo de mi *Historia de las religiones del Mundo Romano*, que acababa de ser publicado, y al comentar ella lo mucho que le había interesado, añadió que se había pasado toda una tarde hablando con G —al parecer asimismo vivamente interesado— acerca de la obra. La noticia me sorprendió y, por qué no decirlo, me halagó. Así pues, decidido a olvidar pasados malentendidos, me aproximé de nuevo a G en el curso del primer acto de carácter literario en el que la casualidad quiso que nuestros caminos se cruzaran de nuevo. Yo intenté llevar la conversación hacia el tema de las religiones del mundo romano, pero eso no resulta fácil cuando en uno de esos corrillos que se forman la gente habla de otras cosas. Y lo único que acerté a preguntarle era si aún iba por Cadaqués: «No —me contestó—; hace ya muchos años que ni me acerco». Eso fue todo. Y es que, por encima de la dificultad de entablar una conversación seria en una reunión multitudinaria, se me impuso una doble evidencia: por una parte, que no podía irle con la historia de que un amigo de nuestra común amiga María Zambrano me había hablado del interés que, según ella, había despertado en G la *Historia de las religiones del Mundo Romano*, de la que yo era autor, etc.; inviable, demasiado floreado, demasiado tomado por los pelos. Y, por otra, que aunque finalmente lográsemos centrar la conversación en las religiones del mundo romano, resultaba no menos imposible que G terminase por establecer un nexo de unión entre el autor y yo, o si se prefiere, entre el autor del libro y la persona que le conocía desde hacía tantos años y con la que había coincidido en tan diversas circunstancias. Esto es:

con la persona que estaba ante sus narices sin que él diera la más mínima muestra de hallarse a punto de recordar algo al respecto. Por supuesto que mi físico, como suele suceder cuando se lleva una vida entregada a la investigación, ha cambiado notablemente desde nuestro último encuentro —más años, más peso, menos pelo—, pero eso no justifica nada, ya que el tiempo pasa para todos, empezando por el propio G, ahora lleno de canas. Y, una de dos: o G sufre una fuerte perturbación psíquica o bien, ignorándome como me ignora, me hace víctima de una inquina que escapa a toda explicación racional. De cualquier forma, cuando acepté la propuesta del profesor Rico Manrique relativa al presente ensayo y me puse en contacto con G por si tenía intención de introducir algún cambio o añadir algo, puse buen cuidado en que nuestro contacto fuera exclusivamente telefónico. No más desaires ni malentendidos.